

necesario los vacíos en las filas de la reserva; pero esto se hizo á expensas de la inteligencia y disciplina militares de la infantería, porque el individuo no obtiene por término medio sino en el tercer año aquella seguridad de servicio y de disciplina que le hace perfecto para el servicio de campaña. No hay que decir que esta medida ha de influir muy mal en la preparacion de la reserva para la guerra, porque habrá de sacar de su propia gente toda la clase de sargentos, salvo un pequeño número que pueda formarse en el servicio activo.»

La consecuencia de esta memoria del general Bonin fué un real decreto del año 1852, destinado á corregir los defectos indicados; pero la movilizacion de 1859 mostró que no había mejora, y el mismo general Bonin expuso en una nueva memoria del 30 de agosto de 1859 que la reserva no había mejorado por los nuevos cuadros de batallones de reserva, los cuales, por lo demás, no estaban compuestos de individuos de reserva sino de individuos viejos de los batallones del ejército activo y de reclutas que acababan de ser llamados á las armas. La reorganizacion del ejército que Bonin entonces mismo propuso al rey, de acuerdo con el ministerio, vino á ser en su esencia la misma que se realizó al año siguiente; solo que en dos puntos no fué tan léjos como la propuesta por Bonin, pues éste quería nada menos que ocho años para el servicio en el ejército activo, mientras el gobierno se contentó con siete; también quería Bonin la supresion total de la reserva, y el gobierno se contentó con una transformacion. De ningun modo quiso el gobierno una reserva como ejército independiente, y pidió tres años de servicio activo para la infantería, los batallones de ingenieros, de cazadores y la artillería montada. En resumen, el ministro demostró irrefutablemente que entre los hombres mas peritos del ramo no había ni podía haber en el fondo mas que una opinion, en la cual no influían para nada sus diferencias aparentes ó verdaderas en otras cuestiones, y que la obra que se calificaba de ser una adulteracion de la organizacion militar de las guerras de liberacion era en realidad el natural desarrollo, exigido por el tiempo, de la ley de 1814.

Esta ley decía en el artículo cuarto: «El ejército permanente estará siempre pronto á entrar en campaña;» y el artículo octavo decía: «La primera reserva está destinada en caso de guerra para auxiliar al ejército permanente.» Jamás la primera reserva había tenido otra mision sino auxiliar al ejército activo, pero repetidas movilizaciones y últimamente las de 1850 y 1859 habían demostrado que todo esto solo existía en el papel y no en realidad; que ni el ejército activo estaba pronto á entrar en campaña, ni la reserva estaba organizada para auxiliar al ejército activo. Ambas cosas fueron creadas en realidad solo en el año 1860 y sostuvieron brillantemente la prueba en 1864 y 1866.

CAPITULO IV

EL MINISTERIO BISMARCK Y LA POLÍTICA DE ACCION

La reconstruccion del ejército prusiano fué la condicion prévia absoluta del restablecimiento de la elevada política prusiana, que se había hecho una necesidad vital é irresistible. El rey y sus ministros Roon y Bismarck procedieron conforme á esta condicion; lo que entre sus contemporáneos era un secreto para unos y para otros un motivo de disgusto, era para ellos una verdad irrefutable: la cuestion alemana estaba madura y el honor de Prusia pedía desde el año 1850 un desquite, todo lo cual solo se podía llevar á cabo con un fuerte ejército dispuesto á entrar en campaña.

En la lucha por la cuestion del ejército hubo dos partidos contrarios, cada uno de los cuales se puso en contradiccion

consigo mismo sin hacerse cargo de ello. Era al parecer evidente que los que pedían á la Prusia, enfrente de Alemania y de Europa, una política enérgica, debían haber apoyado también la reorganizacion del ejército, así como la separacion del Austria y su destitucion de la presidencia en la confederacion. Esto habría sido lógico, pero no sucedió así; el partido progresista, que dominaba en la cámara de diputados, dijo á la cabeza de su programa del 9 de junio de 1861: «En los grandes y profundos cambios ocurridos en la distribucion de los Estados de Europa hemos adquirido la conviccion de que la existencia y la grandeza de la Prusia dependen de una union fuerte de la Alemania, que no puede imaginarse sin un gran poder central depositado en las manos de Prusia y sin una representacion nacional alemana.» Este mismo, es decir, una Alemania con la Prusia á la cabeza y un parlamento alemán, era el plan que el ministro Bismarck había concebido ya cuando fué representante de Prusia en Francfort. Pero al final del citado programa el partido progresista pedía la mayor economía en el presupuesto de guerra en tiempo de paz, con lo cual hacia imposible la continuacion de la reorganizacion del ejército realizada ya. El partido opuesto, que dominaba en la cámara de los señores, estaba á favor de la reforma del ejército, pero era contrario á todo cambio en la confederacion alemana; es decir, que la cámara de diputados opinaba en pro del objeto, pero negaba los medios para realizarlo, mientras que la cámara de los señores, al contrario, concedía los medios, pero se oponía al objeto del plan político indicado. Ninguno de los dos partidos sospechaba que el Bismarck de 1850, durante los once años en que no se le había visto en el parlamento tratando los asuntos de la gran política, se había hecho un hombre de Estado.

Bismarck se había indignado al ver el papel abyecto que su patria hacia en la confederacion, y había comprendido el espíritu de esta asamblea tal como le había restablecido el Austria de acuerdo con lo que exigían sus intereses. El proceder del Austria despertó su orgullo de prusiano y desarrolló sus rarísimas cualidades intelectuales y de carácter. Comprendió perfectamente la política extranjera que correspondía á la Prusia y modificó su juicio sobre la vida política interior del país; así es que se conformó con la constitucion y representacion nacional despues de haberse convencido de que estas eran simplemente formas que no implicaban para la monarquía los peligros que él y todo su partido habían temido hasta entonces. Desde aquel instante empezó á fundar sus proyectos de política nacional en alguna parte de la prensa y en el parlamento. En 29 de setiembre de 1851 escribió al ministro Manteuffel «que aun á riesgo de pasar por un renegado, no deseaba, ni mucho menos creía necesario, un acto de fuerza brutal para suprimir la constitucion;» y continuó diciendo que la constitucion, del modo que se había desarrollado en la práctica en los dos últimos años, había cesado de ser un obstáculo para el gobierno y se iba convirtiendo cada día mas en el vaso al cual daban el contenido los gobernantes. En 15 de marzo de 1858, hallándose todavía en su puesto en Francfort, propuso á un diputado del partido conservador y amigo suyo un plan para proteger la union aduanera alemana contra las intrigas del Austria y de las cortes aliadas con ella, y organizar, imitando los proyectos de union de 1849, una especie de parlamento aduanero, diciendo: «Los gobiernos se harán los remolones, pero si nosotros somos atrevidos y constantes, podremos hacer mucho. Las cámaras y la prensa podrán servirnos de auxilio poderoso y principal para nuestra política exterior. Las cámaras y la prensa deberían discutir ampliamente y sin consideraciones, desde el punto de vista prusiano, la política

aduanera alemana; entonces la Alemania volvería á dirigir su atencion á este punto y nuestro parlamento de Prusia sería una potencia en Alemania (1).»

En aquellos mismos dias de marzo escribió Bismarck una memoria detallada sobre la necesidad de seguir una política pruso-alemana independiente. De esta memoria se desprende que Bismarck había aprendido ya que el bien y el mal de la Prusia eran inseparables del bien y el mal de la Alemania, y que si era menester el acuerdo entre el gobierno y el parlamento prusiano para que la Prusia pudiera cumplir su mision nacional, era también absolutamente necesario este mismo acuerdo entre la Prusia y el parlamento de Alemania. La memoria empieza con una comparacion de la política federal antigua que prevaleció hasta 1848 con la nueva política iniciada en 1850. La primera no fué fecunda para la Alemania, pero fué tolerable para la Prusia; pues la federacion era una union de los gobiernos alemanes contra la guerra y la revolucion. Entre las dos grandes potencias alemanas, el Austria y la Prusia, existía un acuerdo tácito; el Austria podía contar con el apoyo de la Prusia en todas las cuestiones europeas y dejaba en cambio á la Prusia en libertad para seguir su política alemana, como lo probaba el des- envolvimiento de la union aduanera. Los asuntos que ocupaban á la confederacion eran pocos y de poquísima importancia; se trataba con la debida condescendencia el derecho de oposicion de los diferentes gobiernos; los asuntos sobre los cuales el Austria y la Prusia no podían ponerse de acuerdo, no eran presentados á la confederacion; la divergencia de opiniones entre estos dos gobiernos rarísimas veces constaba en las actas de las sesiones federales; jamás había habido disputa de opiniones encontradas entre sus representantes en las sesiones del consejo federal; y antes de imponer resoluciones por mayoría á los gobiernos pequeños se prefería negociar con ellos sus enteros, siempre que no se hicieran culpables ó sospechosos de las ideas rebeldes que Metternich llamaba incorrectas. La idea de que pudieran decidirse en el consejo federal importantes cuestiones por resoluciones de mayoría estaba tan remota, que el representante del Austria, presidente nato del consejo federal, dejaba frecuentemente la presidencia durante meses y años en manos del representante prusiano, contentándose la corte de Viena con observar su conducta por medio del de Sajonia; y la presidencia interina de la Prusia, así como la union de las dos grandes potencias en todos los asuntos federales, había contribuido principalmente á conservar la superioridad de la presidencia entre los miembros de la federacion.

Todo esto cambió cuando el príncipe de Schwarzenberg, con su política alemana, convirtió el consejo federal en arma contra la Prusia, para lo cual el gobierno austriaco, además del odio profesado á la Prusia por los ultramontanos, se valió del interés de los capitalistas, que, como los compradores de papel del Estado austriaco, eran también hostiles á Prusia, y, finalmente, de la prensa diaria pagada por el Austria, que se esforzaba en probar con el mayor éxito que el Austria era el escudo y el baluarte del poder y de la grandeza de Alemania, mientras la Prusia era la espina entre carne y uña de la union alemana. Puedo atestiguar, dice Bismarck en esta memoria, que la prensa diaria de la Alemania del Sur hablaba tan decididamente por el año 1850 en sentido austriaco, como si Baden, los dos Hesse, Nassau, Wurtemberg y Baviera fuesen una sola provincia austriaca.

Ya hemos dicho que á consecuencia de las complicaciones de Oriente y aprovechando hábilmente las circunstancias, el representante de Prusia, Bismarck, llegó á ser cabeza

(1) Poschinger, tomo IV, pág. 299.

de una mayoría contra el Austria; pero tres años despues confesó en la citada memoria que al desaparecer el peligro de guerra, todo había vuelto en Francfort al estado anterior y se había olvidado completamente la presion brutal que el Austria había querido ejercer sobre los Estados de segundo y tercer orden. El ministro Buol les había tratado, en efecto, como vasallos de Austria; les había amenazado con la entrada de los franceses si no se unían al Austria, y había contestado al ministro de Wurtemberg, cuando éste le hizo algunas modestas y prudentes reflexiones, que los gobiernos alemanes debían acostumbrarse á considerar que solo el Austria tenía derecho á seguir una política extranjera y que cuanto mas pronto aprendiera esto el Wurtemberg, tanto mejor sería. Al representante de Sajonia dijo en la misma ocasion que el Austria pesaría sobre los pequeños Estados hasta que el señor de Beust perdiera el aliento para oponerse. La corte de Viena declaró en una circular secreta del 14 de enero de 1855, dirigida á todos los gobiernos alemanes, que no titubearía en disolver la federacion alemana si su política europea lo exigía, y en su consecuencia excitó á cada soberano á entrar en una alianza ofensiva y defensiva particular con el Austria, sin insistir en valerse de resoluciones federales y hasta á pesar de ellas; que segun los contingentes de tropa que pusieran á disposicion del Austria, tendrían una participacion mayor ó menor en las ventajas que se obtuviesen á costa naturalmente de los que no entrarán en la alianza con el Austria. Pero todo esto se había olvidado y el Austria se volvía á sentir tan fuerte, que en la cuestion de guarnicion de la fortaleza federal de Rastadt demostró que mas que nunca estaba decidida á ser el dueño y señor único de la confederacion alemana. Bajo la impresion de un despacho del conde Buol del 7 de marzo de 1858, dijo Bismarck que no estaba léjos el tiempo en que la Prusia acusaría á la mayoría del consejo federal de extralimitacion y en que por este motivo sería acusada á su vez de rebeldía contra resoluciones legales del consejo federal. Entonces la acusacion mútua de faltar á las leyes federales daría á la Prusia el derecho de hacerse independiente de la confederacion, con lo cual léjos de ser infiel á su mision alemana, no haría mas que librarse de la presion que la ficcion de sus adversarios hacia pesar sobre ella, pretendiendo que consejo federal y Alemania eran dos palabras que significaban una misma cosa, y que debían juzgarse los sentimientos alemanes de la Prusia por su sumision á la mayoría del consejo federal. «Ningun Estado tiene tan en alto grado como Prusia la mision y la ocasion de demostrar sus sentimientos alemanes independientemente del consejo federal: nadie como la Prusia puede demostrar que para los Estados de segundo y tercer orden tiene ella mas importancia por sí misma que la que pueden dar una mayoría de nueve votos. Los intereses prusianos coinciden con los de casi todos los Estados confederados, excepto el Austria, pero no coinciden los del gobierno federal, y no hay nada mas alemán que el bien entendido desenvolvimiento de los intereses prusianos particulares.» «La tradicional costumbre de dirigirse á la confederacion con frases respetuosas impide que la Prusia destruya la ficcion de una general amistad entre los confederados y evita que todos se convengan de que la confederacion que ensalza el Austria no es mas que la mayoría austriaca del consejo federal.»

El hecho de que la Prusia y no el Austria era la verdadera gran potencia alemana, solo podía revelarse cuando la Prusia se limitara, enfrente de la confederacion, al rígido cumplimiento de sus deberes federales bien determinados, absteniéndose de toda cooperacion que pasara de aquellos deberes y negando toda concesion á la presidencia y á la mayoría del consejo federal. Contando solo consigo misma,

la Prusia podía desplegar completamente sus medios propios de poder. «La seguridad de que S. M. el rey de Prusia continuaría siendo soberano del país aun cuando se disolviese todo el ejército activo, no la tiene ningún otro Estado del continente, y esta seguridad permite dar á la vida pública un desarrollo mas conforme con las exigencias del tiempo presente y que no le pueden dar otros Estados. La libertad política que es posible permitir sin perjudicar á la autoridad del gobierno, es mucho mayor en Prusia que en el resto de Alemania. En Prusia se puede conceder también sin peligro en cuestiones puramente políticas mayor espacio á la representación nacional y á la prensa que en otros países. La Prusia ha sabido conquistar y conservar antes de 1848 bajo un régimen casi absoluto, la fama de la jefatura intelectual de Alemania; y también podría obtener ahora la misma fama, independientemente de su constitución interior. Para esto solo es necesario que su estado interior sea tal que no impida la impresión en el extranjero de la cooperación armónica y unánime de todos los órganos y fuerzas del país y que fomente también en el interior esta cooperación. Si la actual constitución de Prusia es una institución definitiva, es preciso que se llegue á una trabazón sólida de los órganos del gobierno entre sí y en concordancia con la representación del país, hasta tal punto, que no mengüe la fuerza total de la Prusia á consecuencia de opiniones encontradas en el interior, pues en este caso no puede producir la impresión dominante en Alemania en tiempo de paz que está segura de obtener cuando quede con toda su fuerza unida. El poder real descansa en Prusia sobre bases tan sólidas, que el gobierno puede procurarse sin peligro medios muy eficaces de acción sobre las condiciones de Alemania. Es notable la impresión que produjeron en toda la Alemania las cámaras de Sajonia cuando trataron muy recientemente de la política federal de Sajonia y de su situación en la federación. ¡Cuánto mas potente habría sido esta impresión si las cámaras prusianas hubiesen tenido una discusión análoga! Si la Prusia hiciera discutir públicamente en su parlamento su política alemana, su posición en la federación, las dificultades que en ella tiene que vencer y los propósitos y tendencias de sus contrarios, bastarían quizás pocas sesiones de su parlamento para acabar con las pretensiones y excesos de la mayoría en el consejo federal. En ninguna parte del pueblo alemán y en pocos países extranjeros depende en igual grado como en Prusia el contentamiento con el propio gobierno y la prontitud y confianza para hacer sacrificios en su obsequio, del sentimiento y del deseo de una independencia respetada en el exterior. La idea de que el Austria pasara en Alemania delante de la Prusia ó de que una mayoría bávara y sajona, hessesa y wurtemberguesa, pudiese pretender con probabilidad de éxito una influencia sobre la Prusia hasta contra la voluntad de ésta, sería aun hoy, en este tiempo de intereses materiales, un aguijón mas vivo para disgustar á este pueblo y un medio mas eficaz para provocar su descontento que la mayoría de los defectos verdaderos ó falsos en el interior, mientras vice-versa los prusianos olvidan todas las causas de descontento interior cuando se halaga su orgullo con la elevación de su patria en el concepto del extranjero.»

Se vé por lo que precede que la confianza de Bismarck en la unanimidad del sentimiento monárquico y nacional del pueblo prusiano era tan grande que hasta excitaba á que se enterara el parlamento oficialmente de los secretos federales, lo cual hizo que su partido le mirase como hereje.

En enero de 1859 fué nombrado embajador en la corte de Rusia, á donde llegó el 1.º de abril, y el 12 de mayo, cuando, con excepción de la *Gaceta de Colonia*, toda la prensa alemana excitaba á la guerra con Francia, envió á su gobier-

no una comunicación en forma de memoria, en la cual decía que el consejo federal tomaría, á excitación del Austria y de los gobiernos alemanes convenidos en Bamberg, una resolución de guerra poco meditada, en la cual la Prusia podría encontrar una infracción de los tratados federales, y, por lo mismo, un motivo justo para acabar con su situación inaguantable respecto del consejo federal. «Cuanto mas se falte á los tratados federales, — decía Bismarck, — tanto mejor; entonces la dignidad prusiana hablará acaso tan alto como la dignidad federal. No quisiera ver escrita la palabra *aleman* en lugar de *prusiano* en nuestra bandera hasta que estuviésemos mas íntimamente unidos que hasta aquí con nuestros compatriotas alemanes, pues la palabra *aleman* pierde su magia cuando se la desgasta aplicándola á la Alemania del consejo federal. Yo veo en nuestra situación federal un mal que se ha de curar mas temprano ó mas tarde con hierro y fuego si no empezamos á curarlo á tiempo y en ocasión favorable. Si hoy se suprimiera la confederación sin que se pusiera otra cosa en su lugar, creo que aun así nacerían relaciones mejores y mas naturales que hasta ahora entre la Prusia y sus vecinos alemanes.»

El partido feudal, al tener noticia de semejantes desahogos, se confirmó en su opinión de que Bismarck era el hijo perdido de la Santa Alianza y decía que había vendido su alma al diablo, á saber, al diablo de los Bonapartes. A esto contestó Bismarck en otra carta del 16 de junio de 1860, que si había vendido su alma al diablo, la había vendido al diablo alemán y no francés. En fin, se abrió una verdadera campaña, en la *Gaceta de la Cruz* sobre todo, para calumniar á Bismarck, lo que le obligó á escribir en 22 de agosto de 1860 desde San Petersburgo: «Esa necia prensa alemana no advierte que atacándome á mí, va contra la mejor parte de lo que defiende. Se me designa como origen de estos ataques la corte de Coburgo y á un literato que me profesa odio personal. Si yo fuese un hombre de Estado austriaco ó un soberano alemán y reaccionario austriaco, como el duque de Meiningen, la *Gaceta de la Cruz* me habría tomado bajo su protección como ha tomado á este último. Todos nuestros amigos políticos conocen la falsedad de aquellas sospechas; pero como soy antiguo individuo de un partido y lo que es mas, de un partido que para mayor desgracia quiere tener opinión propia en las cosas que no conoce perfectamente, deja que me cubran con su baba, y si me entero de todo es por la defensa oficiosa de la *Gaceta de Elberfeld*. No hay jueces mas rigurosos ni mas injustos para condenar herejes que los que han sido largo tiempo amigos suyos y comulgado con ellos.»

En 20 de setiembre de 1861 tuvo una reunión en Berlín el partido de la *Gaceta de la Cruz*, que expresó su opinión en la cuestión alemana en estos términos: «Unión en nuestra patria alemana, pero no á sangre y fuego, como la busca el reino de Italia, sino entre los soberanos y pueblos de Alemania y mediante la conservación de la autoridad y del derecho. Para ello no hay que renegar de nuestra patria prusiana ni de su historia gloriosa; ni hundirse en el lodo de una república alemana; ni robar coronas ni inventar mentiras de nacionalidades.» Si tales frases huecas tenían algun fondo práctico, era la conservación de la confederación, el llamado baluarte contra la república alemana y contra las mentiras de nacionalidades; y significaban que este baluarte debía sostenerse á nombre de todos los intereses conservadores solidarios. Para Bismarck esto era una ficción muy peligrosa para la Prusia, porque no existía la reciprocidad completa y leal en todos los Estados alemanes. Emprendida esta campaña por la Prusia sola, sería una quijotada que debilitaría al rey y á su gobierno y les imposibilitaría cumplir su mi-

sión particularísima de proteger á la Prusia contra todo atropello exterior ó interior. «Llegaríamos á hacer del embuste impío, anti-histórico é ilegítimo de la soberanía de los príncipes alemanes, el niño mimado del partido conservador prusiano, para que aquellos soberanos hiciesen política europea sirviéndoles de pedestal la posición federal de la Prusia. Nuestro gobierno es liberal en Prusia, y en el extranjero legitimista; protegemos derechos soberanos extranjeros con mayor tenacidad que los derechos propios, y nos entusiasamos con las soberanías pequeñas alemanas creadas por Napoleón y sancionadas por Metternich, hasta no ver los peligros que amenazan en el porvenir á la independencia de la Prusia y de Alemania mientras exista la sinrazón de nuestra actual constitución federal, que no es mas que un criadero de particularismos peligrosos y revolucionarios. Tenemos la doble misión de atestiguar que lo que existe tocante á constitución federal no es nuestro ideal y que deseamos hacer la modificación necesaria por la vía legal, sin ocultar nuestra tendencia y sin querer pasar mas allá de lo necesario para la seguridad y prosperidad de todos. Necesitamos consolidar mas fuertemente que antes la fuerza armada alemana; necesitamos una organización nueva y flexible de la materia aduanera y crear un número de instituciones comunes que protejan los intereses materiales contra los perjuicios que resultan de las fronteras interiores de Alemania. Tampoco comprendo por qué nos ha de espantar la idea de una representación nacional, ya sea un parlamento federal, ya simplemente un parlamento aduanero. No podemos ir contra una institución ya legítima en todo Estado alemán y que nosotros los conservadores no quisiéramos perder en Prusia. En el terreno nacional podrían hacerse concesiones útiles que serían muy apreciadas; y aun se podría establecer una representación nacional muy conservadora, por la cual los mismos liberales nos darían las gracias.»

Fuera de Bismarck no había en Prusia mas que un hombre de Estado que tuviese una idea clara de la cuestión alemana, y este hombre de Estado era el mismo rey Guillermo, cuya memoria del mes de mayo de 1850 ya conocemos y en la cual vemos que su autor se había convencido, antes que su futuro ministro, de la necesidad de hacer valer con la espada el derecho de la Prusia para obtener la unión de Alemania. Un testimonio análogo de sus ideas tenemos en los apuntes que tomó en el mes de julio de 1860 en Baden-Baden, cuando allí estuvieron reunidos los soberanos alemanes convocados por Napoleón III con el objeto de manifestarles y demostrarles sus intenciones pacíficas. Según estos apuntes, no publicados todavía, el 19 de junio, cuando Napoleón se hubo retirado, se celebró una larga conversación entre el entonces príncipe regente de Prusia y el rey Maximiliano II de Baviera, en la cual el primero se expresó con la mayor franqueza en las cuestiones vitales de la política prusiana y alemana. El rey de Baviera pidió la intervención de la Prusia en la «Unión nacional alemana», fundada en 14 de agosto de 1859, en Eisenach, con el objeto de reunir todos los patriotas alemanes liberales para combinar sus esfuerzos á favor de la jefatura de Prusia en la confederación alemana. El rey de Baviera dijo que esta unión abrigaba planes revolucionarios en los cuales dejaba entrever que podía contar con los buenos oficios de la Prusia, en cuyo interés en realidad trabajaba. El príncipe regente contestó que nada sabía de los planes revolucionarios que aquella Unión meditara y que si los manifestara, bastaría enseñarle la resolución que como regente había tomado ya por medio de su ministro Stettin. Por lo demás, los principios de su política alemana constaban en sus discursos de apertura del parlamento, por manera que nadie podía dudar de su lealtad. Si se le

pidiera una intervención enérgica contra la Unión que fuese hasta perseguir á sus miembros, no accedería á semejante exigencia, porque eso la daría mayor importancia, y por entonces no tenía ninguna; pero si se le llegara á probar que ejecutaba actos dirigidos contra instituciones existentes, él sería el primero en disolver la Unión. Las persecuciones de que la misma había sido objeto en Sajonia, Hanover, etc., habían sido reprobadas en todas partes, porque el alma de la Unión era un impulso nacional que no podía ser atacado impunemente.

Con esto se declaró satisfecho el rey de Baviera, añadiendo que él no había dispuesto semejantes persecuciones y que no podía menos de desaprobárlas. Esto dió ocasión al príncipe regente para manifestar los principios que al empezar su regencia se había propuesto observar. Habiendo encontrado una constitución, tenía el deber de respetarla y de proceder lealmente con arreglo á ella, sin falsearla por una interpretación artificiosa, ya que bastante tiempo había estado al lado del gobierno para convencerse de los daños que había causado el sistema del último ministerio. Dijo que no quería investigar si las constituciones favorecen el bien de los pueblos, pero que allí donde existían había penetrado en la conciencia popular la idea fundamental de la publicidad de las disposiciones del gobierno y de la participación del pueblo en la legislación. Sería peligroso oponerse á esta idea, porque tal oposición demostraría que el monarca no tenía confianza en el pueblo. Buscar la seguridad de los tronos en las limitaciones de la constitución le parecía muy erróneo justamente por ese sentimiento de desconfianza, y para él la seguridad del gobierno consistía en un prudente tira y afloja de las riendas del poder. En este sentido había decidido obrar y por lo mismo había permitido un movimiento constitucional mas libre, procurando al mismo tiempo que las riendas del gobierno no se le escapasen de las manos. A esto observó el rey de Baviera que todo estaría muy bien con tal que el príncipe no hiciera, como habían hecho otros gobiernos liberales, un funesto experimento, difícil de rehacer; á lo cual le contestó el príncipe regente que él también se había hecho la misma reflexión con frecuencia y que solo contestándose en el sentido expresado se había tranquilizado; que comparaba el arte de gobernar con la regularización de una corriente: para darle un lecho en regla se debían corregir y consolidar las orillas en los puntos donde suelen sufrir desarreglos y daños; pero no se debían trazar ni demasiado cerca ni demasiado lejos, ni mucho menos convenia poner diques al través de la corriente, porque entonces las aguas formarían presa y devastarían el país en todas direcciones. En Inglaterra, dijo, se habían hecho todas las construcciones de orillas demasiado distantes del río, y en el Hesse-Electorado y en el Hanover se habían hecho demasiado cerca; pero él esperaba que la Prusia prosperaría adoptando un término medio.

Respecto del Austria añadió el príncipe regente que era tiempo de que cesara de ver en la Prusia una potencia advenediza y que debía reconocerla francamente como primera potencia de primer orden y de categoría igual á la suya. Preguntando el rey de Baviera si en opinión del príncipe no procedía así el Austria, contestó éste que no; que el Austria consideraba continuamente á la Prusia como una potencia que á la primera ocasión sería reducida al estado en que se hallaba antes de la guerra de siete años; que éste era, en su concepto, el blanco de la política austriaca, lo cual explicaba la continua oposición que encontraba la Prusia en todo cuanto la podía elevar mas ó menos en la opinión pública. La situación geográfica de todos los territorios concedidos á la Prusia en el congreso de Viena estaba expresamente cal-